

Carmen Troncoso de Arce

HISTORIA VIVA



CARMEN TRONCOSO DE ARCE

HISTORIA VIVA

Alcalá de Guadaíra 2015



Ayuntamiento de
Alcalá de Guadaíra



UNIÓN EUROPEA
FONDO EUROPEO
DE DESARROLLO REGIONAL
"Una manera de hacer Europa"

Edita:

AYUNTAMIENTO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

Coordina:

DELEGACIÓN MUNICIPAL DE PATRIMONIO HISTÓRICO

Diseño, maqueta y cuidado de la edición:

PEDRO BAZÁN CORREA

Ilustraciones:

COLECCIÓN MUSEO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

Imprime:

IMPRENTIA 2012, S.L.

© Para la edición, Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra 2015

© Para los textos, Carmen Troncoso de Arce 2015

ISBN: 978-84-89180-54-3

DEP. LEGAL: SE-425-2015

AGRADECIMIENTOS:

A Pablo Leira, que estuvo siempre a mi lado en la redacción de este texto.

A las mujeres de El Castillo porque son una inspiración.

Y a los actores que hacen posible que esto sea verdad.

Proyecto cofinanciado por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional
y el Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra.

A mis hijos

PRÓLOGO

El Castillo de Alcalá

Crear un espectáculo que pusiera en valor el atractivo cultural, histórico y turístico de este monumento muy nombrado y poco conocido.

Crear un espectáculo que hiciera las veces de visita guiada al monumento.

Crear un espectáculo que se adaptara a las difíciles condiciones técnicas y de logística que presenta este espacio.

Y, por último, crear un espectáculo que fuera cabeza de puente de otra manera de hacer las cosas en ese recinto. Sin que cada vez que se intentara hacer algo supusiera un importantísimo gasto presupuestario.

Éste era el desafío. Éste era el desafío, para mí, como director del proyecto, como productor de la idea. Éste era el desafío que el Plan Urban y el Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra me ponían por delante.

Pero el desafío era también artístico. Todos los parámetros anteriores son técnicos, productivos, de infraestructura; pero, ¿y lo creativo?

No nos podíamos olvidar que, teniendo en cuenta todo lo anterior, había que crear un espectáculo teatral. Una “obra de teatro” con todo lo que ello conlleva: enganchar al público, atraerlo, conectarlo con la historia y los personajes, entretenerlo y colmar sus expectativas.

Metiendo todos esos ingredientes en una coctelera, junto a varios libros de la mejor Historia sobre el lugar, se los presenté a

Carmen Troncoso y le hice el encargo: “una obra que cubra todas estas expectativas”.

Los primeros días fueron de zozobra. El monumento es hermoso, potente, fuerte. Pero su historia es poco atractiva para la creación: un recinto más militar que otra cosa.

¿Cómo encontrar la punta del hilo que desenredara la madeja?

La leyenda, la hermana bastarda de la Historia, nos serviría de punto de partida. Y, más aún, la relación dialéctica entre las dos, que hace falta para que el teatro pueda ser considerado como tal.

A partir de aquí sólo necesitaba a los personajes que dieran forma a esa dicotomía. Pronto empezó a hablarme de D. José y Manolito, del Poeta Loco, de Al-Wadaira, de la Flamenca Antigua... pero todo esto podrán conocerlo cuando lean las páginas que siguen.

El resto de la historia son muchas mañanas de domingo (increíblemente siempre nos respetó el tiempo) con el Castillo vibrando por la presencia de muchas personas, son los comentarios de gentes venidas de lugares cercanos: “cómo no sabíamos que esto estaba aquí”, son las caras y gestos de alcalañes y alcalaños reconociendo y reconociéndose en lo que veían y escuchaban.

Y, sobre todo, el resto de la historia fue comprobar que lo que nos parecía complicado y difícil en un principio fue fácil, sorprendentemente fácil, en gran medida gracias al texto que tienen en sus manos.

David Fernández Troncoso
Marzo de 2015

HISTORIA VIVA





Antonio López Ordóñez (Babel), *Castillo*, 1973.
Técnica mixta sobre madera, 74 x 91 cm. Colección Museo de Alcalá de Guadaíra

ESCENA 1

(Estamos en el Patio de la Sima del Castillo de Alcalá de Guadaíra. Unos pequeños duendes han acomodado al público.

Sobre las murallas observamos unas figuras poéticas y mágicas: son el Poeta Loco y la Princesa.

En la zona más baja del patio están don Manolito, Eusebio, ayudante y pelota del arqueólogo ilustrísimo que lo acompaña: don José Anastasio Pollo del Corral.

Éste está a punto de comenzar su perorata).

DON JOSÉ: Dignísimos hijos del pueblo de Alcalá de Guadaíra, que otras muchas y hermosas “alcalares” existen; foráneos bienvenidos, y mejor recibidos; 4.500 años de Historia os contemplan.

DON MANUEL: ¡Contempláis!

(Don José se lleva el dedo a los labios y lo hace callar).

DON JOSÉ: 4.500 años de Historia os contemplan.

DON MANUEL: ¡Contempláis, don José! Son ellos los que contemplan, y no las piedras.

DON JOSÉ: ¡Que te calles, Manolito!

DON MANUEL: Como mande, don José... *(refunfuñando)*, pero es contempláis.

DON JOSÉ: Nos hemos reunido aquí para estudiar este singular castillo, alcázar, fortaleza, alcazaba, collación, recinto amurallado, labrado por manos cristianas y sarracenas.

DUENDE 1: ¡Qué pesado es este tío! ¿Cómo va a saber él cómo eran las manos?

DUENDE 2: Sucias, seguramente sucísimas. Nadie puede hacer un castillo con las manos limpias.

DUENDE 1 (*Señalando a una persona*): Mira la cara de aburrimiento que tiene aquel hombre. Qué le importará a él lo de las manos...

DUENDE 2: Pues ¿y esa mujer? Seguro que esta noche no duerme pensando de qué color serían: negras, blancas, amarillas... (*A algún niño*) Mira niño, juega un poquito con la tierra, y ahora ven para acá; enséñale las manos al público. (*Haciendo que muestre las manos*) ¡Amarillas!

DUENDE 1: ¡Claro que son amarillas! Amarillas color albero, el color de la tierra de Alcalá, de la que están hechos estos montes.

DUENDE 2: Una tierra importantísima, que sirve para alfombrar las plazas de toros de postín.

DUENDE 1: Y más cosas... pero deberíamos tener cuidado, que queda muy poquito.

DUENDE 2: Es la tierra que alfombra la Maestranza.

(*Se oye un pasodoble; los Duendes se ponen a jugar al toro, y don Manolito que es un clásico lanza un...*).

DON MANUEL: ¡Ole! ¡Ése es mi Curro! (*Don José da un grito, pues él continuaba con su jerigonza cultista*).

DON JOSÉ: ¡Por los clavos de Cristo, don Manuel! Repórtese, que no estamos en la Feria.

ESCENA 2

(El Poeta Loco, que hasta este momento ha estado estático, cobra vida y grita desde lo alto de la muralla).

POETA LOCO: ¡Quieto todo el mundo!

DUENDE 1: ¡Quieto todo el mundo!

DUENDE 2: ¡Quieto todo el mundo!

(Siguen, los tres, repitiendo esta frase; hasta que el Poeta Loco toma la voz cantante).

POETA LOCO: Señoras, señores, tercer sexo, cuarto, quinto... Niños, gorriones, mariposas, libélulas, tigres de Bengala... Yo soy Gustavo Adolfo, el Poeta Loco. Justo es que nos presentemos antes de daros la tabarra con tanta piedra y tanta almena, y torres, y collaciones, y compañeros mártires. Esa antigualla que aquí veis, y que se ha convertido en estatua muda, es: don José Anastasio. Orador, historiador, y todos los “or” que queráis. Huele a naftalina más que el ropero de una vieja, y escribe libros gordísimos que nadie lee, porque no suelen hablar de las personas, sino de las estadísticas, y todos esos rollos meollos. Tiene un pequeño carguito en la Universidad, en la Facultad de Historia, no sé en cuál Departamento, pero él afirma que es Catedrático Emérito, y que el que figura como tal no es más que un impostor. Don José Anastasio es muy fino, fino, fino filipino como un guante de cabritilla. Viste a la moda de los años 20, usa siempre pajarita pues cree que le da un aire inglés aristocrático; mueve las manos con mucha delicadeza; y tiene la costumbre de mandar callar poniéndose un dedito en sus labios gordezuelos. Parece muy serio, pero de vez en cuando se permite un chiste sarcástico e insoportable,

con muchísima mala leche, y entonces se ríe socarrón como el gato Silvestre. Ahora no le veis en su mejor momento, pues me teme como a una vara verde, y le ha dado un chungo pirungo.

PRINCESA: Yo soy la princesa que cuida al Dragón, la princesa eterna de todos los castillos, de todas las leyendas de todos los cuentos. Tengo muchos nombres: Dulcinea, Luna, Rumaiquiya, Bella, Cristal, Blancaflor, Azahara... y en este caso... la princesa de sus sueños... como su hija pequeña...

Dicen que nadie me ve, pero es mentira, vosotros me estáis viendo. Y yo sé que muchos enamorados, abrazados junto al río han visto mi figura corretear por las torres; cantar sentada en la barbacana, o chismorrear con la luna que muchas veces me tira una lágrima de cristal para que yo suba a verla. Puedo estar al mismo tiempo en muchos lugares, esa una de las ventajas que tiene el ser fantástica...

(Don Manolito intenta quitarse de en medio).

POETA LOCO: Alto el toro, Manolo. Que todavía no lo hemos descrito. Vamos, que no hemos terminado de describir a su maestro. Don José Anastasio tiene pasión por la aristocracia; vive en una calleja de la judería de San Bartolomé, cerca de la Casa de Pilatos, donde algunas veces lo dejan investigar. Y cuando habla con alguna persona ilustre vuelve los ojos al cielo, quedándose como en éxtasis. Hay quien dice que si algún aristócrata le habla, levita. Un día que la señora Duquesa de Medinaceli le tocó el hombro y lo llamó “don José”... afirman que subió más alto que la mesa. Si no se le llega a olvidar a la aristócrata lo de “Anastasio”, se escapa por el tejado. Cuando se enfada su voz meliflua se vuelve chillona, insoportable, y le dan ataques de tos asmática.

El otro menda, don Manolito el becario, tiene casi la misma edad, pero como es mucho más lento le pidió a su amigo que le dirigiera la tesis cuando sólo hacía dos años que don José había leído la suya. Don Manolito realmente se llama Manuel Eusebio Pérez del Corral.

Es bajito, y gordito, y mucho más porque se pasa la vida doblado por la cintura haciendo reverencias. Si su amo no es muy rico, él es paupérrimo. Viste con trajes que parece que le regalan en los tanatorios. No tiene mucho amor al agua y al champú, pues su cabeza rezuma aceite como el capacho de un molino. Ahora, eso sí, es muy gracioso, tiene buenos golpes. Si lo dejan, cuenta chistes, hace morisquetas, y se cree un hada para los niños: “Tengo mano para los críos”, dice este licenciado que iba para maestro y luego amplió estudios... para su desgracia, podía haber sido como cabeza de ratón, de maestro en un pueblito, rodeado de chiquillos y de concejales garrulos, siendo él el sabihondo, y no como está, que sólo le queda en la vida ser el esclavo de don José.

PRINCESA: En esta obra hay otro personaje, pero... yo no sé si os lo debo decir. Pensad en el cuerno de la abundancia, en un caracol gigante, en un árbol hueco o en mi varita mágica. Siempre aparecerá quien haga falta.

Yo sólo os digo una cosa: no os creáis todo lo que os cuenten la parejita de marras. Ellos no creen en la fantasía, en los sueños, y si los niños visitan un castillo dejadlos soñar, no los agobiéis con fechas, batallas, traiciones...

POETA LOCO: Yo, como soy un poeta loco, miro al cielo y pienso como don Ramón María del Valle Inclán: la Historia la debían escribir los poetas, y contarla los cómicos. ¿Os imagináis qué pensará la gente del año 2500 de lo que está pasando ahora? ¿Alguien podrá entender que la gente se muera de hambre con la cantidad de campos que existen?

Me voy. Yo ya no puedo decir más. Don José está dando gritos, llamando a la guardia urbana para que me detengan. Don Manolito está llorando; dejémosles que hagan su trabajo.

(Don José y don Manuel retoman la actividad).

DON JOSÉ: Don Manolo, explíqueme al público las fases constructivas del castillo.

DON MANUEL:

¿Me encomienda usted, insigne señor?

¿A qué debo yo tan inmenso honor?

No se preocupe, maestro ilustrísimo,
que yo en explicarlo seré brillantísimo.

Virgen del Águila, qué papelón,
Madre Purísima de Montesión,
San Judas Tadeo, San Pascual Bailón
¿cómo lo explico sin que sea un tostón?

Pues verán ustedes, nobles visitantes,
se habitó este cerro desde tiempo antes.
Hará unos cuatro mil quinientos años,
(a alguien del público)
te has quedao muerta, ¿te parece extraño?
Agua del Guadaíra, fértil la campiña,
mí qué buenos campos pa sembrarlos, niña.

Normal me parece que en la Edad del Bronce
aquí se asentaran más de diez y once.
Formando un poblado, algo amurallado,
pero vamos, poco es lo que ha quedado.
Vivían los prehistóricos con taparrabos
poco les tapaban sus hermosos naaaaaaaa... (*grita*)
uy... he pisao una araña. Perdonen ustedes... sigo.

De lo que hubo luego no se sabe nada
si no se ha encontrao ni una triste espada.
Estamos hablando del período ibero,
estatuas con roscas, válgame San Pedro.

Como la de Elche aquí no las ponemos
nosotros mayormente nos las comemos.

Del tiempo de los romanos, cuatro cacharros aburríos,
que Trajano y Adriano de Itálica no han salido.
Haberlos sí que los hubo, que lo dicen los que saben,
en “el Jueve” encontré yo un platito con un ave.

Y con esto os he contado las primeras poblaciones,
desde aquí hasta el siglo XI faltan informaciones.
Vendría gente del Gandul o de otras poblaciones,
pero si aquí se asentaron, se callaron los mam...

(Don José le corta).

DON JOSÉ: ¡Manolito! Me parece que usted, antes de subir al castillo,
se ha dado una vueltecita por casa de Baltanás. Que aunque la fama la
tiene por sus muy buenas pringás, yo creo que a usted le gusta un
poquito de coñac. Así que descanse un poco... que ya sigo yo.
Silencio, mucho silencio. Época de no saber. Desde el siglo VII al XI
el castillo vuelve a ser un erial de rastrojos y malas hierbas.





Antonio López Ordóñez (Babel), *Castillo*, 1973.
Técnica mixta sobre madera, 74 x 91 cm. Colección Museo de Alcalá de Guadaíra

ESCENA 3

(Por la entrada del patio aparece un Gigante entre el alborozo de los duendes y la risa del Poeta Loco).

GIGANTE: ¡Mentira! Eso es mentira. El silencio llegó porque yo les robé las palabras. Usted no conoce nada, ni sabe lo que aquí pasa.

(El Gigante persigue a don José y don Manolito, llegando a acorralarlos).

PRINCESA: Dejen que nosotros, los personajes de la leyenda, seamos los que nos ocupemos de esta historia. Ustedes límitense a acompañar... y aprendan de la verdad de la poesía. Por la noche, y con la luna, el Guadaíra relata cosas hermosas que hubieron entre Yabir y Al-Wadaira.

GIGANTE: Acompañenme señores, y al pasar por la puerta de esa torre de allá en frente, miren arriba un momento y verán una hermosa cúpula de aproximación de hiladas.

(La Princesa y el Gigante se van del Patio de la Sima).

POETA LOCO: Sólo Agamenón en su gloria tuvo una mejor. No podemos negar que la pobre Clitemnestra estaba loca de amor. Pero antes de venir, o entrando poquito a poco, miren con mucha atención aquellos muros del fondo. ¿Oyen el rumor del agua que viene y va? Son los restos de unos baños, “hamam”, que se dice en moro, donde se aseaba la soldadesca antes de subir a presentar sus respetos al palacio, del que aquí ven los restos. Este patio se llama “de la Sima”, porque en él se hallaba un depósito que fue aljibe mucho tiempo, y luego se convirtió en pozo.

Aunque nadie dice nada del palacio y sus tesoros, seguramente tendría huríes de muy bellos ojos, ya que el profeta promete carnal amor a los valerosos. No dejen de apreciar la cúpula. Yo la alumbro si es necesario.

(El Poeta Loco, con la ayuda de los duendes, hace que el público abandone el Patio de la Sima y se dirija al Patio de los Silos).



ESCENA 4

(Entramos al Patio de los Silos. Junto con los espectadores han llegado don José y don Manolito y, cerrando la comitiva, el Poeta Loco. La Princesa ocupa otra de las murallas. En algún lugar está sentado un viejo que encanta serpientes, y que cuenta cuentos).

EL VIEJO: El silencio trae las palabras y los recuerdos que flotan en el aire. Y entre estos muros, la belleza y el amor volvieron loca a la gente. Si alguien ama a alguien, por favor que lo abrace, que lo bese, que lo mire a los ojos. Y que los niños corran, y jueguen, y coman un poco de ambrosía. No existe el vacío. Se llamaba Yabir. Era hermoso como un lucero en una noche de invierno. Era valiente. Tenía los ojos verdes, tan verdes como el aceite de una almazara. Su piel oscura, casi cetrina, brillaba a la luz de la luna. Su padre quería para él un reino. Lo animaba a que estudiara con los sabios, que aprendiera de los matemáticos y los filósofos, que se forjara en la dureza de la guerra como Almanzor. Quería un príncipe para su pequeño castillo de sueños. Pero Yabir era muy joven. Nada de esto le interesaba. Miraba al Guadaíra desde la cota más alta del cerro del castillo, y se paseaba por las murallas esperando. Yabir sabía que tenía que llegar.

(Mirando el horizonte desde una de las murallas observamos a Yabir).

YABIR: Amada,
 el zurear de las palomas
 me anuncia tu presencia.
 El aire huele a ti,
 y trae presagios
 y noticias de nuestro amor.
 No tardes, amada.

EL VIEJO: Mientras, en otro lugar, en la lejana Aqaba, la bella Al-Wadaira se peinaba el largo cabello. Sus amigas la miraban y admiraban cuando cerraba sus negros ojos llorosos y recitaba con bonita voz.

(Por un extremo del patio aparece Al-Wadaira).

AL-WADAIRA: Vayse meu corachón de mib.
Ya rab, ¿Si me tornarád?
¡Tan mal meu doler li-I-habib!
Enfermo yed, ¿cuánd sanarád? *(Jarcha primera).*

PRINCESA: Pero esas canciones no son de este país. Hablas en otra lengua. Y cuando te miras al espejo tus negros ojos se tornan azules.

AL-WADAIRA: Decidme amigas, hermanitas,
cómo agradar a Habibi.
Habibi es todo en mi vida,
no puedo esperar más.
Amor, no tardes,
la noche ya es oscura,
encontrémonos junto al río
y refrescaré tu cuerpo
con sus límpidas aguas.

DON JOSÉ: Mentira, mentira. Eso son cuentos de moros locos. Son cuentos como los que cuentan en la plaza de Jema-el-Fna, en Marrakesh. Yo los he visto. Eran pura patraña.

DON MANUEL: Pero eran tan lindos... Como usted mande, don José. Eso son sólo mentiras cochinas, mentiras cochinas.

(El Viejo los manda callar).

EL VIEJO: ¡Silencio! Al-Wadaira, rota por el dolor, y sin entender por qué decía su boca aquellos poemas en una lengua extraña, se quedó dormida sobre una alfombra. ¡Mirad! ¡Mirad el cielo! ¿No veis cómo una alfombra vuela? Se mueve como una hoja en otoño, da vueltas, se mece, se arrulla... pero Al-Wadaira no se despierta, y el pobre Yabir entra en su casa para poder llorar solo sus penas. Pero vamos, seguidme, no nos perdamos el milagro.

DON JOSÉ: Mentira, es un mentiroso. No existen datos arqueológicos, ni alfombras voladoras. Son inventos de un viejo loco.

DON MANUEL: Como usted diga, don José.

PRINCESA: Es verdad. El viejo no lo ha inventado. Él sólo lo cuenta. Lo cree. Me costaba tanto trabajo mantener el interés del califa para poder salvar mi vida. Fueron mil y una noches contando cuentos. Pero al final, lo enamoré. Y a vosotros, ¿os gustaría saber qué pasó con estos amantes?

EL VIEJO: Sherezade, nunca me dejas concluir mis cuentos. Apareces como un hada, y a mí ya sólo me queda hacer subir la cobra... Sssshhhhhh... Vamos a ver qué pasa

(Yabir, que ha aparecido en el patio, está arrodillado, desnudo el torso, llorando. Al-Wadaira le acaricia la espalda. Lo abraza, lo besa. Desarrollan una sensual danza).

AL-WADAIRA: No llores, mi amor. Ya he llegado. Ya siempre seré tuya. Amor, tu piel huele a canela y sándalo. Vivamos el amor.

(Yabir, Al-Wadaira y El Viejo van saliendo del patio).

DON MANUEL: José, yo creo que ahora deberíamos irnos. El amor necesita intimidad... aunque sea una patraña. ¡Mírese! Hasta usted se ha emocionado.

DON JOSÉ: Creo que estoy rodeado de locos.

DON MANUEL (*Corriendo hasta donde está la Princesa*): Sí... estoy loco de amor por ti. Deja a tu califa, hermosa mía. Mandaré que le corten la cabeza. Seré tu esclavo. Te compraré un chalé en Oromana y un Panda.

DON JOSÉ (*Apartándolo de ella*): Don Manuel, por los clavos de Cristo, está usted desvariando, se ha vuelto loco. Sherezade es una impostora en el Castillo de Alcalá. No es su momento. La gente como usted, en cuanto ven una torre, ya está soñando con moros y cristianos. Siga con la clase.

DON MANUEL (*Llorando con un enorme pañuelo*): Después del gran silencio, y el relativo rumor del siglo XI, Qalat-Yabir, época de los reinos de taifas. Entre Wadaira y Yabir tuvieron veinte hijos. Y construyeron un castillito, y fueron llegando más personas de otros lugares, y como los árboles y los niños y los pichones, el castillo empezó a crecer. Los reyes castellanos avanzan sobre el al-Andalus. Los almohades construyen una pequeña fortaleza, pero el auténtico momento de expansión y de cambio de la fisonomía del castillo comienza a finales del siglo XII, propiciado por los mismos almohades para que lo usaran los muyahidines que venían del norte de África contra Sevilla.

DON JOSÉ: Gracias a la patrona del Águila, a quien le he prometido un novenario, ha entrado usted en razón. Ahora por favor deje hablar al maestro.

La fortificación almohade del patio de los silos es el núcleo del Castillo, nombre con el que conocemos al recinto. Todo esto ocurre entre los siglos XII y XIII. Crecen como flores torres, almenas, murallas, barbacanas...

ESCENA 5

(Mientras están hablando suena la sevillana: “Me casé con un enano...”, y aparece por otro extremo del patio la Flamenca Antigua).

FLAMENCA ANTIGUA: Todo fue tapado para poner la feria a mitad del siglo XX. ¿Es que no había otro sitio, señores, más limpio y más cómodo para una feria? Caballos, caballitos. Señoritos franquistas, peinados con fijador Neybo, en sus lindas casetas chiquititas. Y las almacenistas, y las panaderas, y el resto de la chusma bailando al son del cubano Machín en la caseta de “Educación y Descanso”. Las ferias, carnes mías, se ponen como la de ahora, en sitios baldíos, sin nada arqueológico, que si no os paran tiráis la Torre Gorda para colocar un “buytoma” o unas “voladoras”. Y el arquillo de San Miguel no lo quitaron de milagro, porque a todo el mundo le cabreaba muchísimo que no pudieran subir los camiones grandes del circo. Ahora, que yo desde entonces ando por aquí vestida de flamenca. Ya la feria la han trasladado de sitio y de fecha, pero a mí me da igual, yo me pongo en la puerta de la caseta de “Educación y Descanso” y canto muy fuerte, para que esa gente no pueda bailar con la orquesta de Machín y no cometan pecados mortales. Yo soy una guerrillera flamenca, seguidora de la moral del Cardenal Segura *(Canta ella misma la sevillana)*.

DON JOSÉ: Manolito por Dios, saque de aquí a esa loca, que está a punto de llegar el Santo Rey Fernando, que van a empezar las obras. Y los reyes no se suelen perder estas cosas *(don Manuel se va, llevándose a la Flamenca Antigua, que sigue cantando, para en seguida volver junto a don José)* ¡Qué momento! El Rey Fernando III viviendo en Alcalá. Mandó construir dos torres ochavadas, ejemplo de arquitectura proto-castellana. Don Fernando se instala en Alcalá para dirigir las obras: foso, murallas, fortificaciones...

(Aparece la Rafi, una mujer de mala reputación conocida en el pueblo).

LA RAFI: Qué casualidad... nunca hay una obra sin que aparezca un político. Y además, menos lobos, don José, con el santito, que lo que quería era regalarnos a los granadinos que iban en su ejército, y que nos convirtiéramos en línea fronteriza. El lleva y trae entre Granada y Sevilla lo tuvimos que aguantar nosotros, moro p'arriba y moro p'abajo por el Guadaíra. Lo que importaba realmente era ganar Sevilla. Que si los benimerines que entran desde Ronda y llegan a Sevilla... pues muy bien. Por fin, el hijo poeta de don Fernando, el don Alfonso, llamado con razón el Sabio, funda la villa de Alcalá. Viva don Alfonso, que le gustaba una piedra preciosa más que a mí. Y las partidas, el ajedrez, y todo lo que le dio la gana de escribir. En la explanada del Castillo por la zona Este se hace un asentamiento urbano todo amurallado. Junto a la iglesia de Santa María del Águila se crean manzanas de casas del tipo del bajo medievo. Y cuidaíto con esto del bajo medievo, que todo el mundo se cree que el bajo es el más antiguo y el alto el más moderno, y no señor, es al revés. Las casas con su patio central, muy similares a las actuales casas de vecinos. Se le da salida al exterior por la torre mocha al Este, y al Sur por San Miguel.

Claro que todo eso está muy bien, pero en el mismo siglo XIII nos regalan a Sevilla. Vamos, que lo que nos estaban poniendo era el lazo. Y esto, aunque ustedes no se lo crean, dura así hasta el 2005. Así que orejas de burro. (*Saca unas orejas de burro*) Con lo de la feria y el abandono del castillo hay que repartir unas pocas (*a algún espectador*), así que ven, Gumersindo, que te voy a poner unas para que la gente nueva entienda lo que son la orejas de burro, que aquí hay muchos niños que con las cosas esas de la educación moderna no se les puede castigar, no vaya a ser que cojan ni una mijita de trauma.

El Castillo en el siglo XV lo pusieron de dulce, porque el rey Alfonso XI se lo regaló a su quería, Leonor de Guzmán. Y después dicen que nosotras, las mujeres públicas, no servimos pa ná. Pues vaya que no puso bonito la Leonor el Castillo. Mandó a las criadas que fregaran la torre del Homenaje con estropajo de aluminio, y cuando se venía por lo que hoy es la carretera de Dos Hermanas parecía de oro.

Shhhhhht, que nadie me vaya a confundir esta Leonor con la Leonorcita de la Letizia, que es mu rubia, y mu chica, y no tiene edad todavía para estas cosas. Mira, si yo tuviera una niña alguna vez le ponía Leonor de nombre. Ahora, que si es un niño no le pongo Froilán ni muerta; a ése que lo aguante su madre, que pa eso es Infanta.

DON JOSÉ: Señora o lo que sea, ¿es que no se piensa callar nunca? Está vertiendo inmundicias sobre un momento hermoso. Y ahora a mí me quedan que explicar las luchas nobiliarias, las guerras fraticidas, los grandes destrozos de la artillería. Pero lo peor de todo, lo que pasó es que en 1477 el castillo es ocupado por el Marqués de Cádiz.

DON MANUEL: Qué mala follá tenía ese tío, don José. Y qué mala muerte encontró.

DON JOSÉ: Repórtese don Manuel, que no hablamos de la misma persona. Yo no me refiero a ese tal “de Cádiz”, el de la nietísima, que era Duque y no Marqués. Hablo del Marqués de Cádiz, un noble que iba en contra de doña Isabel, de mi muy admirada Isabel la Católica, y tomaba partido por Juana la Beltraneja.

DON MANUEL: Vamos, como si fuera el Madrid y el Barcelona, el Marqués era el Messi de la Beltraneja.

DON JOSÉ. Pero yo debo defender lo legal. Ella era la hija de Enrique el Impotente.

LA RAFI: ¿De Enrique el Impotente? Eso es imposible, don usté... que yo sé mucho de esas cosas. Además, tenía la mismísima cara y el mismo bigote que don Beltrán de la Cueva, su padrino. Que lo he visto yo en un libro que me enseñó mi Joshua.

DON JOSÉ: Con esta nueva España que crean los Reyes Católicos se propone una unidad total en la Península Ibérica, y las lágrimas del desventurado Boabdil limpian las últimas fronteras. Una sola religión, un solo territorio, una sola lengua. Al mismo tiempo, y con un siglo de retraso, llega el Renacimiento. La mayoría de los castillos se convierten en palacios. Y los que, como éste, son fortalezas militares quedan un poco abandonados a su suerte, todo lo más regidos por un alcaide que es nombrado y depende totalmente del Ayuntamiento de Sevilla. En esta época muchos castillos desaparecieron. El nuestro se fue quedando como un esqueleto coronado de glorias antiguas.

DON MANUEL: Personas de otros lugares fueron invitadas a residir entre sus murallas.

LA RAFI: Menuda invitación. El que podía cogía la cueva más grande, sembraba cuatro chumberas, le daba una manita de cal... y ya tiene usted una casa.



ESCENA 6

(Entra una mujer vestida con aspecto castellano de fines del siglo XV o principios del XVI. Lleva un bebé en los brazos).

URRACA: ¡Ay, hijo de mí corazón! Ocupemos esa vivienda, que tiene muy buen aspecto. Estoy cansada. Y mira a tus hermanos, se han quedado atrás, ya no pueden ni andar.

(Del fondo del patio aparece otra mujer con aspecto musulmán).

ZORAIDA: ¿Ocupar el qué, señora mía? ¿Esa casa? Pero si ése es mi keli, el keli de la menda. La Zoraida y sus ocho hijos. Usted se equivocó, o le dieron la dirección de otra casa, porque en la de ésta que está aquí no entra ni el potito. La cara de ella, si parece un teniente de la Guardia Civil. Y los ropajes... con esa falda de lana tiene que tener el chocho cocío.

URRACA: Me manda el Marqués de Cádiz.

ZORAIDA: Como si lo mandara el Papa Francisco. Y al de Cádiz le dice usted que coja caminito y vaya a repartir al barrio de la Viña. Que como os pongáis muy tontitos os parto el careto. Y no la agarro por el moño porque aquí tenemos mucha educación. Pero no le podemos dar nuestra casa a la gente porque lo mande un duque o un marqués, o un alcalde. Que ellos les regalen la suya.

URRACA: Señora, traemos papeles, órdenes de ocupación, y nos protegen las leyes castellanas.

ZORAIDA: Pero si a mí me han dicho que ya no hay reyes castellanos, ni de aquí, ni de allí, que ahora los Reyes son de toda España, y de

las Américas, que por eso ha ido Colón montado en una barca Guadaíra arriba. Lo que hay que aguantar de esta gentuza.

URRACA: Mi nombre es Urraca, no gentuza.

ZORAIDA: ¿Urraca? Pero si eso es nombre de bicho... vamos, de pájaro. Además, de unos pájaros muy ladroncísismos, que como “tescuí” te arrancan las orejas por llevarse los zarcillos.

URRACA: Yo no me tendría que haber ido de mi pueblo. Pero mi marido está en la guerra, si no otro gallo nos cantaría.

ZORAIDA: Como que el mío está de vacaciones. Lo más probable es que ya ni exista. Y después del Mohamé, el grande, tengo otros siete por abajo que alimentar. Que yo creo que vivimos del aire.

URRACA: Nosotros venimos andando desde Valladolid. Y por arriba de mi Pelayo tengo cuatro.

ZORAIDA: Te gano en tres.

URRACA: Pero el hambre es la misma con cinco o con ocho.

ZORAIDA: Pero, ¿pa qué os traen p'acá?

URRACA: Porque estos lugares son más peligrosos, y más pobres. Nuestra casa ha sido ocupada por aragoneses, que el rey Fernando, El Católico, sabe más que “el Briján”.

ZORAIDA: Ea, po se acabaron las penas. Veniros con nosotros, escarbamos la cueva un poquito más y se hace otro dormitorio pa tos ustedes: el Mohamé que ya está grande puede escarbar. Y luego nosotras le damos “una manita cá”. Y esta noche repartimos lo que haiga.

(Las dos mujeres se marchan por el fondo).

LA RAFI: Esto sí que es unir a un pueblo. Muchas luchas, muchas procesiones, que una Carta Puebla p'acá, que una Carta Puebla p'allá. Los pueblos no se unen na más que con compasión, con cariño. Y después dicen de mí que soy puta. Zoridaaaaaaaaaaaaaa, dame una escobilla, que os voy a ayudar a blanquear la cueva.

(La Rafi se va por donde se habían ido las mujeres).





José Arpa, *Arrabal del Castillo de Alcalá de Guadaira. Arco de San Miguel*, h. 1900.
Óleo sobre lienzo, 25 x 30 cm. Colección Museo de Alcalá de Guadaira

ESCENA 7

(Don José está tieso como un palo, don Manuel está sentado en el suelo llorando a lágrima viva).

DON JOSÉ: Podríamos seguir contando mil historias de este ilustre lugar. Pero todo tiene un fin. Esperemos que en pie sigan por muchos años estas torres, estos patios, estas barbacanas, que se están acertadamente reconstruyendo. Aunque claro, yo tengo mis pequeñas reticencias, pero era necesario, el Castillo no podía caerse, es el testimonio de la vida de tantos ilustres hombres que lo poblaron y lo utilizaron. Sacaremos de sus entrañas las verdades ocultas...

(Aparece el dragón que amenaza a los dos asustados eruditos. Mientras esto ocurre van apareciendo todos los personajes que han estado en la obra).

DRAGÓN: Déjese de tonterías, como quiera que se llame. La Historia es lo que acabamos de ver: la generosidad, la compasión, pequeñas rencillas y miserias, el hambre compartida. Pero por favor, no se obstinen tanto en la verdad a rajatabla. ¿Usted me ve?

DON JOSÉ: Claro que sí.

DRAGÓN: ¿Y sabe lo que yo soy? *(don José no es capaz de contestar)*. Un dragón. Y aunque a mí ahora me hayan tendido sobre el río, nosotros siempre hemos vivido en los castillos. Yo deseo ser el que cuide de éste.

PRINCESA: D. José, D. Manolito... ¿se han dado cuenta que no van a poder hacer nada contra nosotros? ¿Se han dado cuenta que la

poesía siempre triunfará? Y el ejemplo más claro de este triunfo es este barrio: su hijo más famoso era un gitano que murió pobre y hambriento; sin embargo, será recordado cuando de todos los poderosos del mundo no quede memoria... se llamaba Joaquín el de la Paula. Nosotros no seríamos capaces de cantar por soleá, pero queremos terminar acordándonos de él con una de sus “murgas”.

TODOS (*Cantando*):

Alcalá los Panaeros
Saluda a los Mosqueteros
Por ser su tierra natal.

Viva Alcalá que es mi tierra,
Que es muy digna de alabar
Que con su pan y su agua
Surte toa la capital.
Sus panoramas, sabemos todos
Que ganaron mil veces
La exposición.

Luego también
Hay que anotar
El Castillo los moros
Que es memorial.
Tenemos un puente, como usted sabe
Vale un Perú,
Los forasteros llegan enfermos
Y cobran salud.

En sus afueras se observa un clima
Tan especial
Que fue aprobada por la provincia
Su sanidad.

Son sus mujeres las más hermosas
De Andalucía
Que si Murillo viviera
Para modelo las escogería (*Comparsa “Los Mosqueteros” de Joaquín el
de la Paula*).

(Se marchan todos).

Alcalá de Guadaíra, enero de 2014





Luis Romera, *Castillo de Alcalá de Guadaira*, 1979.
Óleo sobre lienzo, 60 x 73 cm. Colección Museo de Alcalá de Guadaira

Historia Viva se estrenó el 28 de febrero de 2014 en el Castillo de Alcalá de Guadaíra con el siguiente reparto:

<i>Don José:</i>	Horacio Pérez y Real.
<i>Don Manolito:</i>	Pablo Leira.
<i>Duende I:</i>	José Manuel Lozano.
<i>Duende II:</i>	Fátima Chamorro.
<i>Poeta Loco:</i>	Juan José Morales “Tate”.
<i>Princesa:</i>	Belén Cobos.
<i>Gigante:</i>	Hugo Obando.
<i>El Viejo:</i>	John Ardila.
<i>Yabir:</i>	Hugo Obando.
<i>Al-Wadaira:</i>	Fátima Chamorro.
<i>Flamenca Antigua:</i>	Paula Domínguez.
<i>La Rafi:</i>	José Manuel Lozano.
<i>Urraca:</i>	Paula Domínguez.
<i>Zoraida:</i>	Fátima Chamorro.
<i>Dragón:</i>	Hugo Obando.
 <i>Producción:</i>	 José Manuel Navarro.
 <i>Dirección:</i>	 David Fernández Troncoso.

Este libro se terminó de imprimir en marzo de 2015, cuando la luz de la primavera hace que las murallas del castillo de Alcalá parezcan de oro.

